

SAN JOSE, COSTA RICA

20 Febrero de 1913

Año III



Núm. 52

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

Galileo.....	X.
El "intervencionismo" fra- casado.....	Baldomero Argente
III. Coacción moral.....	Ricardo Mella
Universidad Nacional.....	Universitario de paso
Notas y recibos.....	La Dirección

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
Imprenta Alsina

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

Acusando recibo

Las Revistas, Managua (Nicaragua). Publicación quincenal de ciencias, pedagogía, jurisprudencia, literatura, comercio, agricultura e industria. Director: Heliodoro Cuadra. Al empezar dice así.

Estamos abriendo un insondable abismo en el que, si la sensatez no preve el mal, nos vamos a hundir irremisiblemente y es llegada la hora en que, todos, de consuno, busquemos la armonía y la reconciliación de la familia nicaragüense, hoy dividida por el legendario antagonismo. En las diferentes agrupaciones políticas se encuentran hombres de buena voluntad que pueden ayudar con su inteligencia e ilustración en la patriótica labor de regenerar a Nicaragua, procurando el mantenimiento de la paz, del orden, y de la libertad, dentro de los límites de la ley. A conseguir esto, encaminaremos nuestras débiles fuerzas, para que cesen para siempre las luchas intestinas que han ensangrentado y cubierto de cadáveres nuestros campos; para que se cierren los arsenales de guerra; para que el ciudadano tenga por única ambición el respeto a la justicia y al derecho y que se ocupe únicamente no en odiar a su adversario, sino en defender y glorificar a la Patria.

La Anarquía, boletín mensual de la confederación anarquista R. A. Netamente revolucionario.

El audaz, sabrosa revista quincenal de

crítica religiosa y sociología, Habana, Corrales 58, moderno. Un botón, cogido al acaso:

«La moral religiosa... ¿Qué ha hecho esta moral en siglos de predominio absoluto? ¿Ha evitado acaso las guerras, con todo su séquito de horrores? ¿Ha impedido los crímenes del poder, de la pasión, de la miseria y el vicio? Las épocas de mayor religiosidad, ¿no han sido aquellas en que más ha prosperado la violencia y el crimen? Y en nombre de la religión y de Dios, ¿no se ha pretendido legitimar la tiranía, abogar la libertad, cohibir a la ciencia, detener los vuelos audaces del pensamiento?»

La Fiaccola, periódico anarquico editado dal gruppo «Risurreziones», Buenos Aires.— Editore: Agostino Castiglioni, Olovarria 363 (altos) Boca.

Aurora, órgano de la Federación de Trabajadores en Madera, Montevideo, Calle Médanos 152.

Ateneo de El Salvador, revista quincenal ilustrada, de Ciencias, Letras y Artes, órgano del Centro del mismo nombre. Interesante lectura.

La Antorcha, pro-Federación Gastronómica Argentina, defensor de los empleados de hoteles, restaurantes, bars, cafés y de la clase obrera en general. Redactor: Emilio V. Santolaria, Buenos Aires, 815-Solis.

San José, Costa Rica

— 20 de Febrero de 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 52

Galileo

349° aniversario

El 15 de febrero de 1564 nació en Pisa, importante población italiana, GALILEO, hijo de un músico distinguido, quien le dió una esmerada educación y el que hubiera querido dedicarle a la medicina; pero el joven GALILEO, que ya había leído a Euclides y Arquímedes, mostraba más afición a las matemáticas. A la edad de 19 años descubrió las leyes del isocronismo del péndulo, por haber observado el movimiento regular y periódico de una lámpara suspendida en lo alto de la bóveda de la catedral de Pisa, y a los 24 fué nombrado profesor de Aritmética en la Universidad de esta ciudad.

Dedicándose al estudio de la Astronomía, difundió y vulgarizó la doctrina de Copérnico, doctrina que echaba por tierra la falsedad del sistema de Ptolomeo, que era el defendido por la Iglesia.

GALILEO, al igual que Copérnico, sostuvo la teoría, hoy aceptada por la ciencia, de que el Sol es el centro de nuestro sistema planetario, y que la Tierra y todos los demás planetas y satélites giran en torno de dicho astro, teniendo, a más de este movimiento traslativo, otro de rotación sobre su propio eje.

Los partidarios de la antigua teología se escandalizaron de teoría tan audaz y vociferaron como energúmenos, suscribiendo, en 1612, en una asamblea nombrada por el papa, la declaración siguiente:

«Sostener que el Sol está inmóvil en el centro del mundo es una opinión absurda, falsa en filosofía y formalmente herética, porque es expresamente contraria a las Escrituras. Sostener que la Tierra no está colocada en el centro del mundo, que no es inmóvil y que tiene un movimiento diario de rotación, es otra proposición absurda, falsa en filosofía y no menos errónea en la fe.»

No se arredró GALILEO ante el peligro personal que se le venía encima y continuó su campaña publicando en 1632 unos Diálogos, titulados «De duobus maximis Mundi sistematis», los cuales fueron denunciados por la Inquisición. Al fin tuvo que trasladarse a Roma a responder de su *herejía*. Tenía entonces 69 años.

«Llegué—dice él mismo—el día 10 de enero y se me recomendó a la clemencia de la Inquisición y del Soberano Pontífice Urbano VIII que me tenía alguna estimación, a pesar de que no sabía yo rimar epigramas ni sonetos amorosos. El padre Sancio, comisario del Santo Oficio, me manifestó el deseo de que reparase el escándalo que había dado a toda Italia, sosteniendo la opinión del movimiento de la Tierra. Expuse ante el Consejo mis pruebas, mas por mi desgracia no fueron aceptadas y no pude llegar nunca a hacerme comprender. No tuve por respuesta, aparte de ésto, sino encogimientos de hombros. Se me oponía siempre el pasaje de la Santa Escritu-

ra, sobre el milagro de Josué, como la prueba concluyente de mi proceso.»

Al fin, abrumado de dolores físicos y morales, por no sufrir el tormento y la muerte, tuvo que ceder GALILEO e hizo pública y solemne retractación de sus doctrinas el 22 de junio de 1633. Con una cuerda al cuello, de rodillas y con los pies desnudos, le fué dictada la siguiente declaración:

«Yo, GALILEO, a los setenta años de mi edad, hallándome prisionero y de rodillas delante de vuestras eminencias, teniendo delante de mis ojos los Evangelios que toco con mis propias manos, abjuro y detesto el error y la herejía del movimiento de la tierra.»

Después de esta abjuración, disculpable por la situación y edad de GALILEO, éste golpeó el suelo con el pie y dijo en voz baja ante sus jueces-verdugos: «E PUR SI MUOVE...!» (y sin embargo se mueve).

Frase sublime que borra la debilidad del glorioso anciano y que, como dice un escritor, «proclama la verdad hasta en el momento de renegar de ella bajo la opresión.»

GALILEO pasó el resto de sus días bajo la vigilancia de la Inquisición. En 1636 perdió enteramente la vista y falleció el 8 de octubre de 1642, a la edad de 74 años.

Hoy se ve en Florencia el mausoleo que se le erigió posteriormente, cuando sus cálculos se han proclamado por la ciencia, contra los sofismas de todos los religiosos que querían conciliar las Escrituras con la verdad.

GALILEO inventó el termómetro de agua y construyó el primer telescopio, con el que reconoció la luna, midiendo sus montañas y creando la verdadera selenografía; descubrió las innumerables estrellas de que se componen ciertas nebulosas aparentes, como también los satélites de Júpiter, y los de Saturno y su anillo, las manchas del Sol y las fases de Venus, viniendo a ser el creador de la astronomía moderna y de la física positivista. Escribió innumerables libros, entre ellos el «Saggiatore», que es una obra de polémica contra el P. Grassi, y otros muchos trabajos que figuran bajo el epígrafe «Scripte varii», en la «Colección diamante» de Barbera (Florencia).

Concluamos estas simples notas con los siguientes versos de Quintana:

«Siente bajo sus plantas Galileo
nuestro globo rodar: la Italia ciega
le da por premio un calabozo impío
y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélagos inmenso del vacío.»

X.

El "intervencionismo" fracasado¹

La Oficina del trabajo del Departamento del Comercio y Trabajo de Washington ha publicado un extenso y minucioso informe examinando las distintas formas y aplicaciones del seguro obrero en los muchos pueblos ci-

vilizados que en los últimos años del siglo XIX, y en los que van del que corre, legislaron acerca de él. Todos los procedimientos imaginables se han implantado, desde el que hace de este seguro un monopolio del Estado, hasta el que consiente que cada patrono se entienda con la sociedad que le plazca para garantizar sus responsabilidades legales hacia el obrero. Desgraciadamente, *los frutos de esta legislación no han sido en ninguna parte tan dulces y sabrosos como se prometía. Han impuesto una grave carga al capital productivo, con la inevitable restricción que toda carga lleva a los desenvolvimientos*

¹ Baldomero Argente es un espíritu bastante clarividente. Su monarquismo y sus ideas religiosas no le son obstáculo para que sus trabajos de crítica social tengan el valor de afirmaciones que, a pesar de haberlas ya formulado hace años la escuela libertaria, no desdenaríamos firmar ahora. De esta clarividencia nos da una nueva prueba en el notable estudio que con el título que encabeza hallamos en el número 11 de la revista rondeña *El impuesto único*, del 19 de Octubre de 1912. El reformismo de los socialistas parlamentarios sale tan mal parado, que nos place trasladar a nuestras columnas la parte más sustancial del varapalo que, asestado por nosotros, tachárase de sectarismo. Nos permitimos subrayar para fijar la atención del lector obrero.—N. de la R.

de aquél; y si han aliviado la suerte de algunos obreros, ha de reconocerse, en justicia, que no han suavizado en lo más mínimo la situación del proletariado en general

concurrer los principios económicos y las enseñanzas de los hechos para probar que la legislación intervencionista, en lo que tiene de sustancial, o es inútil, o es nociva para el proletario. Los principios lo revelan por una sencilla reflexión. La situación económica del proletario se determina por el nivel de su salario. El salario en su cuantía está regido por la abundancia de trabajo y nada más que por ella; lo que aumente la cantidad de trabajo, esto es, la demanda de brazos, aumentará el salario; lo que la disminuya, cualquiera que sea la forma o el espíritu de esa causa de disminución, inexorablemente bajará el salario; la legislación intervencionista, imponiendo al capital emprendedor obligaciones que coartan su libertad o disminuyen sus provechos, aminora el estímulo para la acumulación e iniciativa de ese capital, y por lo tanto, retringe la demanda de brazos, esto es: acorta el salario. *En la propia medida en que las leyes intervencionistas tengan eficacia, se reducirá el aliento emprendedor del capital, y al través de las menores aplicaciones del trabajo, llegará hasta reducir la remuneración de éste o sea a empeorar la situación económica del proletariado. Entre aquella eficacia y este empeoramiento habrá una relación exacta, acrecentada por los dispendios burocráticos a que la legislación intervencionista obligue y por los menoscabos y perjuicios que ocasiona toda ingerencia perturbadora en los libres impulsos de las fuerzas económicas.*

Esto que la deducción sugiere, se corrobora por los hechos. El caso más elocuente es el de las pensiones de retiro para la vejez. Ninguna ley existe donde pueda cuajar con más pureza el espíritu humanitario que anima toda la legislación intervencionista. Ninguna protección del Estado hay donde palpite más ostensiblemente aquel ge-

neroso afán de justicia que, combinado con el temor de las clases directoras a la perturbación de la vida económica, han florecido en estas aplicaciones prácticas del socialismo de Estado. Y, sin embargo, *tal vez ninguna ley produce en los países donde la legislación intervencionista tiene gran desarrollo, más visibles y notables consecuencias perniciosas para la situación del proletariado mismo.*

Son varios los escritores franceses que han hecho notar el siguiente fenómeno ocurrido en la vida económica de aquel país, merced a la implantación de las pensiones para la vejez. El retiro se otorga al trabajador a los 65 años. En un país donde la vida media es la normal, los sesenta y cinco años son el definitivo término de la utilidad económica de un hombre. Son muchos los trabajos, en la complejidad del mecanismo productor propio de la civilización moderna, que no requieren el ejercicio de grandes fuerzas físicas y para cuyo desempeño, así como es útil un niño, es aprovechable un viejo. Los obreros pensionados reciben del presupuesto la cantidad fijada; por ejemplo, un franco. Y buscan un complemento de esta cantidad utilizando el tiempo y el trabajo que les es posible. Mas como cuentan con la pensión, ofrecen su tiempo y su trabajo a un precio inferior al del mercado de brazos; y esta concurrencia, sostenida por el presupuesto nacional, expulsando de determinadas ocupaciones a obreros adultos, coopera, de una parte a reducir el área del trabajo y de otra a obligar a los obreros reemplazados a que compitan en los demás oficios con los profesionales de éstos; y por aumentar la oferta de brazos, se produce una baja en el salario. *Es decir, que algunos obreros son beneficiados en mínima parte a costa del Tesoro y este beneficio se traduce en inevitable quebarito para el resto del proletariado.*

Igual examen se ha hecho respecto de las leyes limitativas de la jornada del trabajo; acerca de la protección a la maternidad; sobre el seguro contra la enfermedad; y en otras leyes como

la prohibición al trabajo de la infancia, no sólo en países extranjeros, sino en el nuestro se ha comprobado la ineficacia del precepto constantemente incumplido. Si alguna ley de este carácter podía contribuir a aumentar el salario es la que prohíbe a los niños ocupar el puesto de un hombre, y por las mismas razones que la de pensiones a la vejez produce el efecto contrario; pero los niños, por punto general, no trabajan por gusto propio ni tampoco por el de sus padres, porque a ello se oponen aquellos afectos familiares instintivos de la naturaleza humana que regulan los sentimientos de paternidad siempre que causas permanentes y durables no cooperen a atrofiarlos; una vez desaparecidas esas causas, recobran su imperio. Los niños trabajan porque la miseria induce a los padres a buscar en el trabajo de los hijos un suplemento de jornal; y como la ley protectora de la infancia no suprime esta causa poderosa y constante, patrono y obrero, tácita o expresamente, se confabulan para buscarla. La ley no se cumple; le falta aquel interés poderoso que reclame su aplicación, el punto de apoyo social que es indispensable para que cualquier precepto del legislador sea obedecido.

Hay otra consideración que muestra cuán erróneo es el camino del intervencionismo. La mayoría de sus leyes, cuando no suponen una carga para el capital la implican para el presupuesto. El Estado, como en el caso de las leyes para construcción de casas baratas, otorga una cantidad en beneficio del obrero. *Si el Estado tuviera una bolsa independiente del haber social, este socorro que a la clase trabajadora conce-*

de produciría el efecto apetecido; pero el Estado no tiene esa bolsa; lo que con una mano da a los ciudadanos, con la otra lo toma de los ciudadanos. Son, pues, los ciudadanos los que a sí propios, aunque por el mecanismo del Estado, se otorgan el socorro.

Cuando se aprueba este procedimiento, se acepta implícitamente esta afirmación: «el Estado toma de los ricos para dar a los pobres». *Pero esa afirmación es inexacta.* Las bases actuales de los impuestos, medio de percepción del Tesoro, son dos fundamentales: «el capital productor», en los impuestos llamados directos, y la «necesidad», en los impuestos indirectos y en algunos de los impropriamente llamados directos, como la contribución urbana que no es más que un tributo sobre la necesidad de la vivienda. *De suerte, que la cantidad otorgada al proletario para alivio de su situación con cargo al presupuesto, proviene: o de la actividad productora, a la cual refrena y, por tanto, disminuye la demanda de brazos y salarios perjudicando en definitiva a los trabajadores, o de la necesidad, esto es, del consumo en sus varias formas, con lo cual aumenta la estrechez de los consumidores, cuya mayoría, naturalmente, pertenece a las clases trabajadoras.* El Estado procura beneficiar a una parte, pero, inevitablemente, en otra produce perjuicios que son mayores por el desorden que en la vida económica introducen—lo cual se transforma en detrimento de la vitalidad de ésta—, y por los inmensos gastos infructuosos que supone la expansión burocrática que el atender a tales servicios requiere....

BALDOMERO ARGENTE

Coacción moral

III

Si no recibiéramos completamente hechas y admitiéramos sin examen muchas ideas, parecería claramente a todas las inteligencias la verdad de que no hay poder alguno que supere

al de la razón, al de la razón individual en primer término, al de la razón común en término segundo.

En general se le rinde culto más verbal que real y se la considera, cuan-

do se la reconoce, como una entidad superior indiscutible, lo que equivale a una simple sustitución de idolatrías sin perjuicio de continuar obedientes a la rutina de la imposición recíproca. Aun en nombre del racionalismo se pretende subordinar la conducta de cada uno a los prejuicios de la generalidad, porque el hábito adquirido nos hace ver en la razón un poder y no una simple materia de cambio entre razones individuales.

En el juego ordinario de la vida tiene mayor imperio la razón común, porque en cierto modo representa la experiencia acumulada de muchos hombres y de muchas razones. Por esto es por lo que el poder de la opinión pública sobre cada uno excede al de cualquier organismo coercitivo. No es tanto el tricornio del guardia civil ni la expectativa de la cárcel o del patíbulo como la influencia del conjunto social lo que reprime los impulsos violentos, los delitos, las faltas. Lo que se llama estimación propia, el sentido del honor, de la honra, no está despierto, desgraciadamente, del todo más que en un corto número de hombres. En el resto es simple reflejo de la coacción social.

Las aberraciones que se nos inculcan como ideas sanas y necesarias concurren poderosamente a la formación de nuestros juicios. Y así es que aceptamos buenamente la opinión corriente de que todo lo que es honradez, virtud, templanza, proviene de la fuerza coercitiva de la autoridad. En este punto nuestras ideas no han salido del famoso «la letra con sangre entra». Nuestro juicio se forma de supuestos erróneos. Pensamos que sin la fuerza pública, sin magistratura, sin gobierno, sin la amenaza, en fin, organizada y sin el castigo condigno, la vida social sería un caos. Pensamos que sin la palmeta, sin la represión bárbara de las más ligeras faltas, el niño no pasaría de ser un idiota en dos pies. Es porque hemos aprendido que el animal perdura siempre y el hombre no surge sino es a fuerza de palos. Se nos hace considerarnos co-

mo bestias para que nos gobiernen bestias.

Y no obstante, la experiencia ha probado que nada es tan fuerte como la persuasión, el razonamiento; nada tan eficaz como el cariño, la benevolencia, la solicitud en demostrar por qué un camino es bueno y otro es malo, por qué esta cosa debe hacerse y aquella otra no. El castigo está definitivamente condenado como método de educación y de enseñanza.

¿Por qué, pues, tratándose de hombres ya formados, de hombres en que la razón se ha desenvuelto, volvemos a la rancia teoría que se aplicaba para la educación de nuestros antecesores en su infancia?

Si acaso, el método de represión tendría alguna apariencia de lógica con referencia a los niños, ya que hasta que no han llegado a la madurez de la razón hay quien pretende que debe considerárselos y tratárselos como a pequeñas bestias. Pero del niño hecho hombre, del ser racional, ¿cómo justificar el principio de gobierno?

Vamos dirigidos en los senderos de la vida por un puñado insignificante de hombres privilegiados que no tienen cualidades mejores que las nuestras, que no pueden reunir ni la millonésima parte de las que la masa representa. ¡Y se pretende que es esta singular minoría la que impulsa la vida, la regula, la ordena, la mantiene en los límites de la prudencia y de la honestidad!

Tanto valiera afirmar que de la palmeta, del oscuro y sucio calabozo, del zurriago escolar provienen todos nuestros conocimientos y experiencias. De la coacción ejercida brutalmente en la infancia, como de la ejercida en la adolescencia y en la edad madura, no se derivan más que el miedo, la hipocresía y la doblez. Se obtiene por el castigo una apariencia de sumisión, el aspecto de la bondad, el fingimiento del bien; el mal crece y se agranda, sugerido por la represión misma. Los hijos de la palmeta y del calabozo son los granujas de continente inofensivo,

son los marrulleros e hipócritas cargados de diabluras y buenas palabras; son los holgazanes, los embusteros, los trotacalles que miran humildemente al suelo en presencia del dómine. Hijos del autoritarismo, del método gubernamental, son los tunantes de buena presencia, los ladrones hábiles, los que se escurren entre las mallas de la ley o se amparan de la ley; los bribones cargados con todas las culpas, que saben muy bien aparecer honrados; los vagos, los embaucadores, los enredapleitos, que hacen de la vida social un laberinto sin salida para el pobre mortal que osa ser sencillo, bueno y honesto. El encanallamiento de nuestros días no es sino el fruto último de esta plaga que se llama gubernamentalismo.

Sostener que sin esta dirección de unos cuantos iríamos al desorden, al desbarajuste, es desconocer que vivimos en el torbellino de todas las pasiones desatadas, de todas las ruindades triunfantes, de todos los vilipendios

bochornosos que hacen a veces dudar de la superioridad de lo que llamamos animal racional.

Contra esa dirección progresa el individuo y progresa la colectividad; contra esa dirección el espíritu público orienta las ideas y los sentimientos, lucha y persevera la personalidad, constantemente desconocida y pisoteada. No es, no, de esa minoría desatentada de la que procede el bien, la paz, la solidaridad humanas. Estos sentimientos e ideas surgen de la razón individual, se extienden a la razón común, al cabo constituyen el espíritu general de los pueblos que empujan el presente hacia el abismo y van en pos del porvenir.

¡Dejad que esta hermosa coacción por una vida nueva llegue hasta los linderos del ideal! ¡Dejad que destruya todas las perversiones actuales! ¡Dejad que aniquile los últimos restos de la barbarie en que vivimos!

RICARDO MELLA

Universidad Nacional¹

San José, enero 11 de 1913.

Señor Director de *El Noticiero*.

Estimado señor:

Leo en su interesante edición de esta fecha un copioso artículo acerca de «Progresos de Costa Rica», y, si usted me lo permite, haré alguna observación a uno de los puntos tratados, prescindiendo de los demás por ser extraños a mis aficiones y escasos conocimientos prácticos.

No se entienda, por eso, que aspire yo a teorizar en cosas de enseñanza, —puesto que a ellas he de referirme,— sino que me atuve, al decir «conoci-

mientos prácticos», a la expresión común del pensamiento en este su país que, con todas sus pretensiones prácticas, me parece más teorizante que práctico de verdad.

Dice el leído artículo «que existe la tendencia a restringir el exceso de hombres consagrados a las profesiones liberales». Pero nada más práctico en una democracia que las llamadas «profesiones liberales»; fuera de que, hoy por hoy, toda profesión y todo oficio de hombre libre, son, naturalmente, oficios y profesiones liberales.

Pero — con prescindencia de este punto, que para mí no admite discusión— copio de su interesante artículo: «Respondiendo a tales orientaciones (antiliberales de profesión) se suprimió, hace años, la Universidad del Estado». Y vea usted, señor de mi respeto, tal «supresión» resulta poco práctica en un país libre.

¹ Recortamos estos trozos de una serie de artículos recientemente publicados en *El Noticiero* y firmados por un «Universitario de paso», venerable maestro español—no de paso,—de perenne radiante lucidez en el cielo de nuestra Pedagogía. La institución de una verdadera *Universidad Nacional*, Poder Docente en el recto sentido de la expresión, y la reforma clásica de la enseñanza general, han sido siempre los principales anhelos de su larga y meritoria carrera.

De modo, señor mío y de mi respeto, que por lo que hasta ahora tengo visto en este bello país, tras de la práctica mejor intencionada, se cae en las teorías más impracticables, más contrarias a lo intentado y más parecidas, por lo tanto, a los llamados desde muy antiguo *sueños de enfermo*.

A lo que veo de unos días a esta parte, todo va de mal en peor en la cuestión batallona de enseñanza, y sólo entiendo que pueda remediarse todo fundando una Universidad Nacional, para entregarle íntegra la educación moderna del país, y su administración y gobierno, desde las más remotas escuelas rurales hasta los estudios facultativos y las llamadas escuelas superiores.

Toda otra cosa vendrá a consistir en remedios caseros, siguiendo la vieja rutina que ha producido lo existente, y admitiendo de vez en cuando crudas novedades ajenas, que al fin resultan novelorías inadaptables, pero que ante un público descuidado, como he dicho por no decir otra cosa, pasan y son tenidas por admirables descubrimientos pedagógicos.

No quiero seguir adelante, sin oponer alguna explicación a los que pudieran pensar, acaso, que incurro ahora en lo que, con harta razón, veo censurado estos días contra los «llamados pedagogos», plaga de la educación pública en países que ya deberían despertar y defenderse.

No soy *pedagogo*, a Dios gracias, ni *modernista* en el sentido estúpido de la palabra; pero, naturalmente, vivo con lo moderno, estoy por todo ello en justa razón, y entiendo que el progreso extraño puede y debe aplicarse en todas partes, siempre que se ponga a tono, por decirlo así, con el medio ambiente y en debida proporción con las necesidades sociales.

Nadie, con clara visión de las cosas, podrá desconocer lo moderno, lo práctico y hacedero que sería la realización de dicho propósito universitario

en Costa Rica: realizable desde el punto de vista económico, según demostraré a su tiempo, pondrá a esta república a la altura cultural, literaria y científica de sus cuatro hermanas de Centro América; y en verdad digo que apenas se puede comprender la presente inferioridad académica de un país con las pretensiones costarricenses, justas en todo lo demás.

No creo, por tanto, que la Universidad nacional, moderna, sea una institución docente desproporcionada con los recursos intelectuales, morales y materiales de un país con Biblioteca, Teatros y Escuelas especiales, dispersas, que acaso puedan competir ventajosamente con sus similares de cualquier nación de análogas circunstancias y proporciones. Ni tampoco sería cosa nueva ese Centro docente y educador, cuando ya varios ramos particulares pudieran acuerparse, con mutuo auxilio, en relación de verdadera pedagogía sin exóticos relumbrones de soberbia y engaño.

Así es que no podrá motejarse de novelero peligroso—cual se ha hecho con los que realmente lo son—a quien trata de buena fe un asunto de tanta importancia, como llegaría a ser, con la aceptación de sus ideas, que son las mismas de todo el mundo reflexivo, el ordenamiento de lo que aun se llama Universidad con nombre viejo y quiere decir todavía la racional concentración y armonía de todo lo enseñable y aprendible.

Todo esto se halla aquí en germen, aunque desparramado por la fuerza centrífuga de un mundo de átomos en formación. Si otros universitarios, y de arraigo, piensan de otro modo en la cuestión propuesta, bien puede comprenderse que quien lo es de paso tendría que ganar, con todo y su desconsuelo, útiles enseñanzas acerca de un nuevo país visitado que le resultaría desconocido, a pesar de su práctica viajera y su constante aplicación a los estudios de geografía política.

Llegamos a los números, señor Director, y, de mi parte, lo celebro;

porque en el cálculo aritmético me hallo bastante menos flojo que en lo demás de que vengo tratando casi por compromiso, y no sin cierto temor de que otros universitarios, más al tanto de las cosas y sus causas y efectos del país, sostengan—como un Dr. Reventós, habano—que Costa Rica es un país modelo en educación pública y, de consiguiente, que aquí se vive en el mejor de los mundos posibles... pedagógicamente considerados.

Mis muy queridos números y amigos fieles de toda exactitud, declaran como testigos de mayor excepción—según el Presupuesto vigente—la respetable suma de doscientos veinte mil colones bien contados (220,037,00) para costear las enseñanzas de Liceos, Institutos y Colegios, Escuelas profesionales, etc., etc., indicadas en mi anterior escrito, sin contar la Escuela de Agricultura, que, en mi concepto, habría de pertenecer a la Universidad, lo mismo que las Humanidades y sus establecimientos de lujo, según hoy se administran.

Por eso entiendo yo—y debe comprender todo ciudadano costarricense, libre de prejuicios—que, con las razonables economías que hubieran de hacerse en Segunda Enseñanza, con las que produjese el desvío de irracionales «orientaciones» en educación integral, que es la moderna educación y, sobre todo, con algo de lo mucho que cuesta el Departamento de Agricultura y sus Campos de Ensayo, entiendo yo, repito, que habría para sostener holgadamente todos los estudios agrícolas, teóricos y prácticos.

Su dependencia de la Universidad es un hecho en los Estados Unidos, donde tanto prospera lo moderno y de utilidad práctica, y en España, donde el Rectorado de cada una de sus diez Universidades gobierna y administra el correspondiente Distrito con todas sus escuelas, primarias, secundarias y especiales—con raras excepciones respecto de estas últimas.—y, sobre todo, en Francia, modelo de centralización científica, donde toda institución docente se halla sometida a la Universi-

dad y sólo por ella organizada, administrada y gobernada.

De modo que en esta democracia costarricense—tan nueva y casi en formación y constantes ensayos de lo moderno—, bien pudiera imitarse, cuanto a educación nacional, la conducta docente de los norteamericanos, así como también la de Francia y su organismo universitario, y hasta lo que al respecto se hace en España que, hoy por hoy, con todo y tener rey y real familia, es la nación más democrática del mundo.

Aquí en Costa Rica, no parece sino que la frecuente trepidación del suelo—que a veces desquicia y barre las ciudades—se comunica, con ritmo anual constante, a su malhadada enseñanza. Desde que pasa un curso de estudios, entre noviembre y diciembre, con o sin exámenes de quita y pon, ya se maquinan cambios y novedades para el próximo curso; y cuando éste se halla, por Febrero, en vísperas de inaugurarse, todo son conferencias bonitas, todo es «junta de rabadanes pedagógicos» y todo son pregones de la prensa diaria sobre las novedades de reformatión académica.

Y a este propósito de cambios, retoques y composiciones, dicho se está que viene obligada, naturalmente, nueva redacción de programas en toda la línea, que tanto vale como victoria completa para sus redactores y editores, y negocio de librería a costa del tesoro público y de la desdichada población escolar, siempre sometida a tales experimentos.

Lo cual se evitaría humanamente, económicamente, racionalmente con la científica organización universitaria de que hablamos: pero no como quiera, bajo el poder de los Poncio Pilatos que tan a mal traer traen al joven educando, sino hecha y regida por los legítimos intelectuales que representan las fuerzas vivas del país y, por lo visto, están ahora ocultos bajo las nieblas y nubarrones de gentes que hay que tener por sospechosas, según sus procedimientos y resultados.

Aquí, pues, no aparece otro recur-

so salvador, ni más remedio a la enfermedad pedagógica, sino la mentada Universidad Nacional, para cuyo sosten y holgada vida bastan los recursos del Presupuesto, aun sin contar sus sobradas atenciones a escuelas primarias.

Y éstas mismas, por de contado, ganarian mucho en someterse a la Universidad, como sucede en las naciones indicadas, sea cualquiera su forma de gobierno, su cultura y su civilización, que siempre y en razón de su edad histórica, deben y pueden servir, en estas cosas, de útil ejemplo y norma de instrucción pública en Costa Rica.

Quedamos ayer¹ en que hay recursos, de sobra, para el Establecimiento de que se trata, con el ingreso en el mismo, y bajo su dirección técnica, de toda escuela pública, desde las primarias hasta las profesionales, siendo por supuesto, universitario el cargo de reglamentación, redacción de programas, señalamiento de libros de texto, y demás cosas relativas al positivo arreglo científico, según doctrina y prácticas modernas de toda enseñanza nacional. En tal concepto, sucedería con la Universidad—Centro eminentemente profesional—lo que hoy pasa con las «escuelas profesionales», en cuyos programas no interviene el Estado, así como tampoco les señala obras de texto, ni orden de asignaturas, ni duración de sus lecciones.

Por donde puede verse, si con luz de lógica se mira, que lo hecho por estas escuelas particulares con buen éxito para su enseñanza respectiva, mejor puede hacerse aún por la junta de todas ellas en la Escuela de escuelas y universal concurso de artes, buenas letras y ciencias—prácticas y teóricas, históricas y filosóficas—que se llama Universidad. Esta necesita ser autónoma, sin más dependencia respecto del Estado, de aquella que implica o trae aparejada la vigilancia y amparo de los poderes públicos sobre

toda asociación particular y, en conjunto, sobre la sociedad entera. Sólo así puede evolucionar el orden docente y adquirir fuerzas progresivas, sin someterse a las continuas mudanzas que ayer quería yo recordar y que hoy mismo se están viendo por los diarios.¹

Nada más natural y propio de las instituciones sociales—como es la educación nacional—que el nutrimento progresivo y alentador de su propia vida; pero en esa especie de alimentación espiritual, como en la del cuerpo y en todo lo humano, hay, y debe practicarse cierta higiene; y ésto parece más hacedero en punto a enseñanza, por una Universidad, que por un solo individuo, sean cualesquiera sus capacidades, sus talentos y sus entusiasmos. En la indicada congregación docente tendría lugar la más viva discusión de todo asunto con toda posible libertad de pensamiento; mientras que la dirección personal de un hombre solo, tiende necesariamente a la tiranía voluntariosa más ajena de toda libertad y de toda lógica.

A esa consideración, que me parece de orden técnico, bien pudiera seguirse otra no menos importante, en orden a las economías practicables en el ramo de educación común; sin que ésta sufriese lo más mínimo en sus propios y adecuados servicios, y, antes bien, con positivos aumentos de su eficacia, con más provecho real, quiero decir, para el público educando aunque sus educadores fuesen algo menos favorecidos. No me refiero a los maestros, merecedores de toda protección; aludo a cierta lujosa abundancia de inspecciones, que indica desconfianza en la capacidad de aquéllos, por una parte, y de otra parte acusa, tal vez, señaladas protecciones y acaso propagandas ajenas de lo esencial.

También parece llegado ya, o próximo a llegar, el momento histórico—anhelado, y a su tiempo entrevisto por don Mauro Fernández, de grata memoria—para dirigir todo esfuerzo

¹ Estos artículos, o cartas, salían diariamente en *El Noticiero*.—L. D.

¹ Refiérase a las mudanzas que se anuncian para el curso próximo en colegios y escuelas.—L. D.

de una política pedagógica a la enseñanza superior, lo que tanto vale como decir: a la Universidad. Porque, más o menos bien, es indudable que se ha trabajado bastante en primera y segunda enseñanza, y que, sin destruir lo hecho en cuanto queda de aprovechable, debe seguir—con libertad conservadora—el proceso evolutivo, amplio y universal de la instrucción pública en Costa Rica. Todos han puesto ya su piedra, y traída de todas partes, en el edificio y para el mismo: tiempo es ahora de armarlo de todas armas.

Repito que otros parecen más llamados a intervenir en este asunto, y a discutir, siquiera, la posible realización de mi rápido y pasajero proyecto de Universidad Nacional; pero con todo y para complacer a mis amigos de estos días, ofreceré, por fin, y como adaptación al país, lo experimentado ya en otras partes, lo de uso corriente y progresivo sin desperdicios de lo adquirido. Bien mirado, aquí lo tienen todo, incluso lo económico—nervio de la guerra y de lo demás, cuanto se imagine realizar—; sólo falta dejarse de tanteos, de sueños, de novelerías sin base sólida, y acudir a lugar seguro, como la Universidad, para no acabar de perderse.

De memoria he citado en mi anterior noticia al gran *scholar* costarricense, en relación con la Universidad de su patria; y ahora puedo exponer el propio texto, copiando literalmente de su «Memoria de Instrucción Pública, presentada al Congreso de Costa Rica el año de 1886», según acabo de leer en un curioso *Estudio* de don Salomón Castro—profesor de Segunda Enseñanza—con título de *Educación Nacional*. De dicha «Memoria» copia el profesor Castro, a la letra:

«La reforma de la Universidad *ha menester el arrimo y sombra del Gobierno*, y éste, ocupado de lleno en la reforma escolar primaria y en la preparación de la de segunda enseñanza, no ha estado hasta ahora en aptitud de emplear sus esfuerzos en favor de

la universitaria, *término de la labor*: la reforma de la Universidad es apremiante, la reconoce explícitamente el Poder Ejecutivo, y para ver de acelerarla activará todo lo que esté en su mano los trabajos pendientes sobre instrucción primaria y los que prepara ya sobre *segunda enseñanza*.»¹

Ahora bien—digo yo de paso—, estamos a 26 años de aquel explícito reconocimiento y de aquella «aceleración» que no sé cómo calificar, y apenas puedo comprender que el asunto se halle «en tal estado» en un país que se llama democrático, amante del progreso y, naturalmente, libre *des rois fainéants*... los cuales, a lo menos, ni «aceleraban» ni «reconocían» cosa ninguna. Por eso me parece a mí, aunque así no más que de pasada y como a vista de pájaro, que si entonces—veintiséis años ha—se *reconocía* la necesidad y se *aceleraba* el restablecimiento universitario, luego después—durante cinco períodos de gobierno y el presente ya de vencida—nadie se ha dado prisa a satisfacer aquella necesidad, con la «precisada reforma» que quería realizar cuanto antes el señor Fernández, benemérito de la educación común de su país, ¡por más cortes y mandob'es que, en lo sucesivo, haya sufrido la misma!

Acerca de su concepto general y sociológico—según el citado *Estudio* del señor Castro—, nada puedo decir ahora, puesto que mi propósito no alcanza a discusiones filosóficas. Convengo, sí con dicho profesor, en que ya es tiempo, no de restablecer lo viejo, a secas, sino de fundar sobre bases sólidas, según pedagogía moderna, la Universidad Nacional de Costa Rica.

Pero, ¿cómo ha de ser esta universal institución? ¿tendrá por ventura también su «orientación» apasionada y unilateral, con rumbo a esta o aquella doctrina filosófica?, ¿o, prescindiendo, con razonable y equitativa imparcialidad, de todo extremo, buscará su fuer-

¹ Lic. don Mauro Fernández, el mismo que en 1888 firmó el decreto de CLAUSURA de nuestra Universidad. ² Así el *arrimo y sombra* del Gobierno!—N. de la D.

za en medio de la corriente de ideas y sentimientos nacionales?...

Esto último parece lo práctico. Y cuanto a organización de Facultades y Escuelas, a Programas y Plan de Estudios, a la misma Universidad, y sólo a ella corresponde disponerlo todo.

Lo que también parece necesario y fuera de toda discusión, es que a toda enseñanza de ciencias y sus aplicaciones, a toda facultad de artes y su ejercicio, preceda y acompañe, o, mejor dicho, presida, la facultad de Letras, como representante orgánica de la palabra—razón externa, como la razón es palabra interna—; que en esto de la cultura humana sucede, como en lo religioso, que primeramente era el verbo, es decir, la palabra, la razón... «Y el Verbo era Dios».

Pero no basta al profesional y científico hablar de viva voz, porque entonces vuelan las palabras, fácilmente sueltas—con cierto aplomo y despreocupación—por quien las usa de momento. Lo importante y absolutamente necesario para el hombre culto, es saber escribir su idioma, si no como artista literario, en prosa o verso, —cosa que apenas si se aprende—, con la razonable corrección de «gente educada», como dice don Andrés Bello.

Así acostumbran los franceses, y en eso consiste en grande parte su propaganda científica y educadora; mientras que los científicos españoles—que sí hay de ellos, aunque ignorados de la gente ignorante—viven a oscuras porque no saben escribir, y no lo sa-

ben porque no les enseñaron científicamente su idioma nacional. Lo mismo y algo peor, estoy viendo «ahorita» que sucede en otras partes, donde los propios maestros oficiales de lengua patria la escriben «como les da la gana», sin sujetarse a pitos de gramática ni diccionario, cosa que parece increíble.

Las demás facultades—científicas y de utilidad positiva—proyectan sus luces y vivos resplandores sobre aquella que ha de reflejarlos a su vez en todo conocimiento y se llama Facultad de Artes, como entre los ingleses—conservadores de lo viejo para cosas nuevas—, o de letras, como en Francia, o de Filología, como en Alemania, o de Filosofía y Letras, como en España... Pero ¿a qué continuar en esta enumeración de facultades, que sin dificultad, ni resquicio poético ninguno, algo tendría de la *Beocia* homérica, o de la cervantina *Reseña* de los ejércitos imaginarios, sin ninguna de sus admirables bellezas?...

Digo, pues, —y concluyo este mi entretenimiento de paso y de pasada—, que lo importante, lo necesario en cumplimiento de promesas y de justos deseos, es fundar la Universidad Nacional de Costa Rica; para que, juntando, como tal, todos los elementos sanos de inteligencia y corazón de este país—digno de mejor suerte pedagógica—dirija, con ciencia y a conciencia, sin espíritu sectario, la educación nacional costarricense.

UNIVERSITARIO DE PASO

Notas y recibos

Ecós del Congreso de educación moral de La Haya:

VAN LANGENDONCK, canónigo belga: La doctrina de la escuela laica constituye un latigazo y una afrenta a la razón humana.

DOMELA NIERNVHUIS, socialista holandés: Veinte siglos de moral cristiana afirman la bancarrota de la moral cristiana.

PABLO BUREAU, profesor del Insti-

tuto Católico de París: Las doctrinas filosóficas, científicas, sociales o políticas de ciertos hombres que se dan por representantes de la concepción religiosa de la vida son a veces tan injustas, tan erróneas o inaceptables, que alejan la hora del común acuerdo y dificultan la síntesis del espíritu religioso católico y del pensamiento moderno.

M. LECLÈRE, de la Universidad de

Berna: Un concordato entre las escuelas laicas y las religiosas es imposible. Siempre habrá lucha. Esto no es un mal. En no *creyendo unos contra otros*, podemos trabajar juntos.

F. BUISSON: Se ha comprendido al cabo que la educación moral constituye un fin en sí y que la cuestión interesa a todos. Llegamos aquí divididos, pero esta misma división hace la belleza de nuestra asamblea. Los laicos respetan el sentimiento religioso. Los religiosos son discípulos de la doctrina de tolerancia y de humanidad, única que vale aquí.

JULIO GAUTIER, Consejero de Estado, francés: Aislar de la materia turbia de nuestras pasiones y de nuestros intereses la pura esencia moral que daría realce a la vida, es, en química moral, un experimento de laboratorio. Sería locura querer realizarlo en grande. ¡Pueda sin embargo esta locura conquistar el mundo o siquiera a un buen número de franceses para que alguna vez lleguemos en Francia a creernos en La Haya!

R. A. VAN SANDICK, presidente del Congreso: Se ha pretendido que este Congreso era hostil a las creencias cristianas; se ha dicho también que era un congreso clerical. Ni lo uno ni lo otro, señores. Este congreso tiene por objeto la educación moral y la formación del carácter. La solicitud internacional con que ha sido acogido prueba que en todas partes se nota una laguna en la educación moral, tanto en los países en que la educación tiene una base religiosa como en aquellos en donde es independiente de la religión. En este Congreso, no se trata, pues, de convertir ni de poner de acuerdo, sino de evidenciar que cada principio ha fracasado y de bus-

car los medios de remediar tal fracaso. Hay que alegrarse, por consiguiente, de ver a tantos hombres de ideas divergentes reunirse para trabajar en común.

Podemos resumir diciendo que todos los congresistas reconocieron más o menos explícitamente la fe en un «ideal moral independiente de querellas políticas y controversias religiosas». Estaban en el aire, podemos afirmar, las últimas palabras públicas de Enrique POINCARÉ (Sorbona, 26 de Junio de 1912): «Es una misma la moral que enseñamos. Que el punto de mira sea la utilidad general o que sea la piedad y el sentimiento de la dignidad humana, llegamos siempre a los mismos preceptos, a los que no pueden ser olvidados sin que las naciones perezcan, sin que los sufrimientos se multipliquen y sin que el hombre degenerare. ¿Por qué, pues, todos esos pensadores que, con armas diferentes, combaten un mismo enemigo, se acuerdan tan rara vez de que son aliados? ¿Por qué se alegran unos de las derrotas de los otros? ¿Olvidan que cada derrota de éstas es un triunfo del adversario eterno, una disminución del patrimonio común? ¡Oh, no, demasiado necesitamos de todas nuestras fuerzas para creernos con derecho a despreciar alguna! No rechazemos a nadie, sólo proscribamos el odio.»

La Nueva Sorbona ha sido atrocemente atacada, en los últimos meses, por algunos de los numerosos enemigos actuales del cultivo de la inteligencia y del ejercicio de la razón. ¿No los vemos aquí mismo, en Costa Rica, adueñarse de los primeros puestos? Los metafísicos del Oriente y los «superficialistas de biblia y potrero» son

Para instalar con eficacia una escuela racionalista es necesario buscar—antes que el local y los materiales de enseñanza—a un maestro competente.

* * *

Más hace un buen maestro con sus alumnos bajo la sombra de un árbol, que un ignorante dentro de un local lleno de los mejores elementos.

Número 3 de *Educación Sociológica*

ya nuestros mentores oficiales. Pero no nos alarmemos demasiado. No hay mal que por bien no venga. La juventud que no sufra todavía de vértigos sabrá pronto a qué atenerse. Y aun parte de la juventud ya enferma recobrará salud en el campo a que la conducen los pastores de la intuición. ¿Quién dice que el meditar a oscuras y el pacer sin razón no sirvan tal vez para reponerse de la astenia mental?

En todo caso, el entreacto de la civilización no se establecerá sin lucha, si es que logra establecerse. En todas partes, en Europa y en América, los grandes maestros parecen redoblar de vigor para sostener las conquistas de la ciencia y los trabajadores positivistas no abandonan todavía sus laboratorios.

Para dar valor a esta nota, tomamos algunas palabras de un brillante artículo de ALFREDO CROISSET del Instituto de Francia (v. *Revue Bleue*, nº 21, año 50):

Está de moda entre ciertas gentes, lo sabemos, el hablar mal de la ciencia: se declara que ha quebrado, que no alcanza la realidad en sí; se ridiculizan sus minucias y lentitudes; se pregonan otros medios de llegar a la verdad total. Lo sabemos y reconocemos como todos que la ciencia humana tiene sus límites. Pero no se trata por el momento de discutir las teorías metafísicas a la moda. La cuestión es más simple y más concreta y más propia también de solución positiva. No se trata de saber si la intuición vale más que la razón propiamente dicha, o el pragmatismo más que el intelectualismo, para penetrar el misterio del ser. Dejemos de lado provisionalmente este supremo misterio. Preguntémonos simplemente ¿qué vale más, para comprender lo que es inteligible en las cosas, fiarse a una impresión rápida y forzosamente parcial, o estudiarlas con escrúpulo y conciencia, en su realidad compleja y sin cesar cambiante? Y si se admite que esta conciencia es recomendable, que una afirmación verificada vale más que una afirmación sin prueba, haremos notar además esto:

que las exigencias del espíritu, en cuanto a pruebas, aumentan conforme los conocimientos se hacen más exactos y más extensos. Un problema resuelto hace surgir otros; un error reconocido con evidencia obliga a mayor crítica, y el poco-más-o-menos se hace cada vez más intolerable.

La «Nueva Sorbona» no dice otra cosa. Su doctrina no consiste en considerar la erudición como un fin en sí, sino en reconocerla como el único medio sensato, en el siglo XX, de formarse una opinión personal sobre un determinado tema, y ella piensa que es opinión sin valor la que no se funda en dichas previas investigaciones. Repitémoslo: no hay en ello ni desprecio de las ideas generales ni desprecio de la belleza: hay simplemente prudencia y probidad intelectual. No es el capricho de algunos pedantes lo que puede cambiar las condiciones del conocimiento en el mundo moderno.

Con alegría celebramos la aparición de *les Réfractaires* (24 rue Bannier, Orleans), revista dirigida por E. ARMAND, que viene a proseguir la obra de *l'Ere Nouvelle* y de *hors du troupeau*. ¡Que su ilustre director nos permita renovar la expresión de nuestra vieja simpatía personal! RENOVACIÓN es también refractaria a toda dominación y a todo compromiso. Su actual director camina solo, sin aceptar más lazos de solidaridad que los puramente intelectuales. Nosotros también colocamos en primer rango la educación y formación intelectual del ser individual. Nosotros también atacamos todos los monopolios, sin considerar la propiedad privada como causa de miseria y de opresión. Nosotros también, desde el punto de vista de la táctica, creemos que la victoria de ideas no puede ser obtenida sino en virtud de una propaganda tenaz, que abraza todos los aspectos de la vida. Nosotros también tenemos por nocivo y estéril el recurrir a la violencia para obtener cambios políticos o económicos. ¡Bien venido sea el nuevo órgano del antisectarismo acratista, tribuna

de tolstoyanos, naturistas, anarquistas cristianos, individualistas nietzscheanos, «colonistas» y demás disidentes del llamado anarquismo oficial!

¡Cuán cierto es que los extremos se tocan! «La obra de genio es lo que hay de más original y al mismo tiempo de más universal», decimos los materialistas y repiten los místicos. Véase cómo habla Andrés Joussain en su entusiasta trabajo acerca de *L'Expansion du Bergsonisme et la Psychologie Musicale*:

«Un prejuicio propio de nuestro tiempo es el de creer que disminuimos necesariamente nuestra originalidad apenas entramos en comercio con un pensamiento extranjero, cuando, al contrario, este comercio nos da la ocasión de afirmar nuestra personalidad. Es esa una creencia enteramente comparable a lo que un escritor español¹ llama la *superstición pedagógica*, que tiende a figurarse que el maestro puede dar forma a su antojo al espíritu del alumno, como si éste no fuera más que cera blanda, y que la cultura pudiera imponerse desde fuera². Nadie se imagina hasta dónde puede llegar tal prejuicio. He conocido escritores que se abstendían de leer, por miedo de perder la originalidad. No se fijaban en que, sustrayéndose así al imperio de los grandes maestros literarios, se hacían cada vez más sensibles a la influencia de las medianías. Porque, a pesar de todo, no podían abstenerse del contacto del pensamiento ajeno: hojeando el periódico, oyendo conversaciones, algo tenía que quedarles de

este comercio. Puesto que no podemos librarnos del medio que nos rodea, hagamos al menos lo posible porque este medio sea amplio, rico y bello, a fin de que nuestra alma se ensanche y se enriquezca y participe de la belleza. Puesto que, de todos modos, tenemos que sufrir la marca del medio, procuremos que él nos sea lo más provechoso. Y no creamos que así perdemos originalidad. Porque todo lo que es grande, noble y bello, tiene el privilegio de revelarnos a nuestros propios ojos y de hacer salir de nosotros lo que en particular nos pertenece».

«Dulce como un niño y corpulento como un gigante», era VITAL AZA, fallecido el 14 de diciembre próximo pasado, a la edad de 61 años. Poeta ameno y autor cómico popularísimo, fué uno de los que dieron solaz a la juventud de nuestra generación, en España y en América. Nosotros recordamos siempre con cariño al autor de *La Rebotica*, *El Sombrero de Copa*, *Zaragüeta*, *El Rey que rabió*, *El Padrón Municipal*, *Aprobados y suspensos*, *El Señor Gobernador*, etc.

Nuestros aplausos a *El Foro*, por sus inteligentes esfuerzos en favor de la cultura general. Las páginas de crítica literaria contenidas en el número del 15 de enero deben ser atentamente leídas. Salvo alguna injusta apreciación de persona, harto indulgente, todo es en ellas jugoso y magistral. Como lo dice en el epílogo el ilustre Autor, TODAS SUS VARIACIONES GIRAN SOBRE UN TEMA OBLIGADO, ALMA Y UNIDAD DEL ASUNTO EN MEDIO DE SU APARENTE VARIEDAD Y DISLOCACIONES GIMNÁSTICAS: LA DEFENSA DE LA LENGUA MATERNA. — Cultivando el idioma rendimos homenaje a nuestra nacionalidad intelectual; descuidándolo, la perdemos.

No dejaremos de hacer notar, de paso, ciertos descuidos tipográficos, imperdonables en un trabajo de tal género.

El egoísmo, única base de toda so-

¹ Julián Rivera, *La Superstición pedagógica* (Madrid, E. Maestre, 1911).

² Hace ya muchos años que venimos sosteniendo que no hay diferencia capital entre *instrucción y alimentación*: que la cultura mental, como todo crecimiento orgánico, se realiza por *intusuxcepción*: que la Pedagogía es simplemente un capítulo de la Higiene. Por consiguiente — hace 18 años que lo sostenemos — en pedagogía como en higiene, hay que reconocer que el primer factor de desarrollo y salud debe buscarse en el individuo mismo (obra de la herencia, de la vida intrauterina y de la autoeducación), sin despreciar por ello la influencia del medio, que es, como decimos en biología, el *caldo de cultura*. Y precisa que este caldo sea puro, aereado, iluminado, completo, sin orientaciones estrechas, para que cada uno alcance su mejor desenvolvimiento y realice su mejor vivir, que es también el más feliz vivir.

ciudad. Así se intitula la nueva obra de Félix LE DANTEC (*L'Egoïsme, seule base de toute Société*, Flammarion editor, París). No la hemos leído. Vamos solamente a referir a nuestros lectores lo que nos dice un íntimo amigo del famoso biólogo de la Sorbona.

Asistimos a una nueva orientación del talento de Le Dantec.—La tesis principal es esta: Excluída toda intervención metafísica, el egoísmo psicobiológico, es decir, el instinto de conservación y la necesidad de vivir, es el origen y fundamento de toda organización social — política o no—, entre los hombres.

Tal egoísmo no debe ser confundido con el egoísmo moral, conscientemente individualista, cuyo predominio haría imposible el desarrollo del altruísmo, que no es sino una ventajosa deformación del egoísmo biológico.

Para Le Dantec, el instinto fundamental de la conservación, desviándose lógicamente del punto de partida, engendra poco a poco la noción del bien y del mal, del derecho y del deber. Todas las conquistas de la civilización son explicadas por adaptaciones sucesivas, que obligan al hombre a armonizarse cada vez mejor, aunque siempre en equilibrio inestable, con los diversos medios, variables ellos también.

Separadamente habíamos recibido y leído el apéndice de la obra que señalamos. Es admirable y se denomina «el papel de la casualidad en la justicia de los hombres» (*Le rôle du hasard dans la justice des hommes*). Aquí mismo, en Costa Rica, hemos oído a uno de nuestros magistrados más rectos y laboriosos expresar una tesis muy semejante a la de Le Dantec. «A bien mirar las cosas—nos decía, poco más o menos, dicho magistrado,—todo nuestro embrollado mecanismo penal podría ser sustituido, sin que se notara el menor cambio en los resultados, por una simple lotería: el acusado seguiría sacando su pena o absolución a la suerte: multa de 1, multa de 100, presidio de 1, presidio de 100, ab-

suelto, etc.» El juego a la justicia sería así mucho más barato y mucho más inocente.

¡La diferencia de convicciones políticas! El curso de la vida me ha enseñado, por examen de conciencia y por las observaciones hechas en los otros, cuán activa y tenaz es esta causa de animosidad entre los seres. Yo quisiera, al llegar al extremo de mi camino, poder decir que he logrado despojarme de todo atavismo o viejo instinto a tal respecto. En 1905, habiendo tenido el honor de dirigirme a los estudiantes en el banquete de su Asociación General, les he propuesto creer que la semejanza de opinión no debe ser condición eficaz de las relaciones amistosas, y que las cualidades de fondo, la dignidad, la delicadeza, el amor al trabajo, la veracidad, los escrúpulos, todas las limpiezas mentales, son atributos del carácter más importantes que los colores políticos o sus matices.—Así habla Pablo HERVIEU, de la Academia Francesa, dirigiendo *el telescopio hacia los recuerdos* de ciertas desavenencias de su infancia y de su juventud. *Le télescope sur les souvenirs*, junio de 1912.

De las varitas adivinatoras hemos oído hablar desde jóvenes y desde entonces estamos esperando los prometidos datos exactos acerca del fenómeno, tan negado por unos como defendido por otros. El hecho parece ser éste: hay varitas (particularmente de avellano) que colocadas de cierto modo en las manos de ciertas personas se ponen a moverse bajo la influencia de las aguas subterráneas y de las grandes masas metálicas. La gente dice: hay varitas que, «en manos felices», adivinan fuentes y minas. Huelga añadir que sucede en este caso lo que sucede siempre que algo sale del campo de las cosas que estamos acostumbrados a ver y que hallamos muy naturales, aunque no las comprendamos. La imaginación supersticiosa, suelta de riendas, exagera las proporciones del hecho, lo desfigura y oscu-

rece todo con las más ridículas y absurdas interpretaciones. Y ¡ay del que se ría de la explicación! ¡Al momento le dirán que está negando un hecho!—H. Mager ha realizado últimamente no pocos experimentos y ha llegado a conclusiones muy parecidas a las de Pablo Lemoine y del abate Senderens, profesor del Instituto Católico de Tolosa. Según ellos, la naturaleza de la varilla no tiene importancia: sus movimientos son debidos a contracciones musculares involuntarias provocadas por la influencia radiante de las aguas y masas metálicas, influencia que varía de intensidad según la sensibilidad de los individuos y según la masa mecánica y la composición química del cuerpo excitante.

Una palabra del discurso del químico francés L. LINDET en el VIII Congreso Internacional de química aplicada (Washington y New York, septiembre de 1912): «¿No es de veras interesante ver el Mundo arrastrado por dos movimientos irresistibles y contradictorios? Por un lado, cada nación se muestra celosa de su independencia y personalidad política; por otro, las ideas se fusionan, tras un ideal que responde a necesidades universales: la independencia intelectual y social se borra ante la solución de problemas que son idénticos y que no pueden ser resueltos sino de un mismo modo, y olvidamos nuestras nacionalidades, nuestras contiendas y antiguas querellas, y nos hacemos solidarios, para mayor bien de la Humanidad».

Un párrafo de una lección reciente del prof. DEBOVE, miembro de la Academia de Medicina de París. Habla de las causas de las enfermedades: Se repite a menudo que «para ser feliz precisa una buena salud». Pueden ustedes volver al revés la fórmula, y decir «para tener buena salud, es necesario ser feliz». Multitud de tuberculosos, v. gr., han adquirido su enfermedad después de ciertos pesares. Han sido contaminados, ciertamente, pero si el bacilo se ha desarrollado ha

sido a causa de la depresión de origen psíquico, que ha creado un terreno muy favorable a su pululación. Sean ustedes materialistas o espiritualistas, como gusten, yo no intento discutir esta cuestión de doctrina, pero no olviden nunca el lazo íntimo que une lo moral y lo físico, y, sobre todo, no piensen que las penas morales sólo engendran enfermedades de los nervios.

El don de las matemáticas es semejante al don de la vista; es un sentido del alma, como diría el geómetra Platón: él nos hace percibir la verdad por una de sus innumerables caras. El que ejercita y desarrolla las Matemáticas, ejercita y desarrolla una de nuestras facultades. Ahora bien, nuestras facultades son realidades, más aún, son las únicas realidades que directamente nos son conocidas, y su funcionamiento constituye nuestra vida. Las Matemáticas puras, independientes de toda aplicación, merecen ser cultivadas por sí mismas. Al desarrollo aislado de nuestras facultades debemos la formación de los diversos mundos de los sentidos, el de los colores, el de la música, etc. Nos acercamos a la Verdad por la fusión armoniosa de las percepciones de todas nuestras diversas facultades. — Así creemos resumir el discurso presidencial de Gabriel LIPPMANN en la Academia de Ciencias de París el 16 de diciembre último.

J. Walker, miembro de la Sociedad Real de Londres, profesor de la Universidad de Edimburgo, ha principiado su discurso presidencial en el Congreso de Portsmouth con las siguientes palabras de Lord Kelvin, particularmente sabrosas en estos momentos de guerra oficial a las matemáticas: «He repetido a menudo que cuando se puede medir aquello de que se habla y expresarlo con números, se posee algún conocimiento. En otro caso, el conocimiento que se posee es malo e insuficiente: será a lo sumo un comienzo de conocimiento o un primer grado de ciencia».—E. J. R.

Biblioteca Sociológica

Están a la venta en la **Librería Falcó**, las obras siguientes:

			Colones
Kropotkine (Pedro).	<i>Palabras de un rebelde</i>	Rústica	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	1.00
>	>	>	0.50
Lorenzo (Anselmo).	<i>El banquete de la vida</i>	>	0.75
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
Mella (Ricardo).	<i>Cuestiones Sociales</i>	>	0.50
Reclus (Eliseo).	<i>Nuestro planeta</i>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
Spencer (Herbert).	<i>Origen de las profesiones</i>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
>	>	>	1.00
>	>	>	0.50
>	>	>	0.50
Zola (Emilio).	<i>Epistolario</i>	Tela	1.00
Jaquet (Clemencia).	<i>Compendio de Historia Natural</i> , (3 tomos).	>	3.00
Buen (Odón de).	<i>Pequeña Historia Natural</i> , (5 tomos ilustr.).	>	5.00
Letourneau (Charles).	<i>Psicología étnica</i> , (4 tomos).	>	4.00
>	>	>	0.50
Ferrer (Francisco).	<i>La Escuela Moderna</i>	Rústica	0.50
Grave (Juan).	<i>Las aventuras de Nono</i>	Rústica	0.50
>	>	>	1.00
>	>	>	1.00
Petit (Michel).	<i>El niño y el adolescente</i>	>	0.50
Pi y Arsuaga (Francisco).	<i>Preludios de lucha</i>	>	0.50
Urales (Federico).	<i>Sembrando flores</i>	>	0.50
>	>	>	0.50
Bloch y Parat-Javal.	<i>La substancia universal</i>	>	1.00
Engerrand (Georges).	<i>Nociones de las primeras edades de la humanidad</i>	>	1.00
Eslander (J. F.)	<i>La Escuela Nueva</i>	Rústica	1.00
Naquet (Alfredo).	<i>Hacia la unión libre</i>	>	1.00
Mater (André).	<i>República Francesa y Vaticano</i>	>	1.00
>	>	>	0.20
Estévez (Nicolás)	<i>Resumen de Historia de España</i>	Tela	1.00
Lluria (Enrique)	<i>Humanidad del Porvenir</i>	Rústica	0.50
Chardon (J. P.)	<i>Floreal</i> , (drama social).....	>	0.50
Hire (Juan de la).	<i>El infierno del soldado</i>	>	0.50
Malato (Carlos).	<i>Las clases sociales</i>	>	0.50
>	>	>	0.25
Pert (Camille).	<i>En anarquía</i>	>	0.50
Yvetot (J.)	<i>A. B. C. del Sindicalista</i> , (folleto).....	>	0.15
Malatesta (Enrique).	<i>Entre campesinos</i> , (folleto).....	>	0.25
>	>	>	0.20
>	>	>	0.10

NOTAS.—Los pedidos han de ir acompañados del importe.—Los suscritores de RENOVACIÓN las recibirán sin aumento de precio.—Las obras que están marcadas a un colón, en moneda americana, 50 centavos, y las de 0.50 a 25 centavos oro americano. — DIRECCIÓN: 7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638.

SAN JOSE DE COSTA RICA

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.

Manzana de Anís, Francis Jammes.

El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.

Jacobé, Joaquín Ruyra.

Zalacain el aventurero, Pío Baroja.

Juventud de Príncipe, W. M. Forster.

Tom Sawyer, detective, Mark Twain.

El amor catedrático, G. Martínez Sierra.

La enjuta, Víctor Catalá.

Dios salve á la Reina!, Allen Upward.

La bella dormía en el bosque..., François de Nion.

Rebeldía, Joaquín Dicenta.

El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.

Casa por alquilar, Carlos Dickens.

Minnie, Andrés Lichtenberger.

El dragón de fuego, Jacinto Benavente.

Boda oficial, R. H. Savage.

Rey en la tumba, Anthony Hope.

Fausto, Ivan Turgueneff.

El silencio, Eduardo Rod.

Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.

Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.

Ernestina, Prudencio Bertrana.

El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.

Las corezas del cementerio, G. Miró.

El espada Montes, Frank Harris.

La voz de las campanas, C. Dickens.

Nerto, Federico Mistral.

El junar, Alfredo de Musset.

Ansias de vida, Luis Q. Huertos.

El cadaver viviente, León Tolstoi.

Nuestras hermanas, Henri Lavedán.

¿Culpable?, W. Le Queux.

Su Majestad, Henri Lavedán.

El reflujo, R. L. Stevenson.

Maria, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.

Las Rocas Blancas, Eduardo Rod.

Las dos vidas, Eduardo Marquina.

La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7^a Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

Todas las obras de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en la acreditada **Librería y Papelería ALSINA**